

¿Qué olfatea Chávez?
¿El fétido olor a Panamá? ¿El
hedor a muerte de Irak?



Llegaría el crudo a 200 dólares si Irán o Venezuela son atacados: Chávez

□ Bolivia acusa al conservador Aznar de atentar contra la unidad de Latinoamérica □ Evo Morales, Fidel Castro y el inquilino del Palacio de Miraflores, blanco de la embestida derechista

■ 30 y 33

Cuba celebra fin de fiscalización de la ONU sobre los derechos humanos

GERARDO ARREOLA, CORRESPONSAL ■ 32

Los pasivos por Pidregas sumarán \$1 billón 904 mil millones en 2008

ISRAEL RODRÍGUEZ J. ■ 28

hoy **La Jornada** **semanal**

columnas

EL DESPERTAR • JOSÉ A. ORTIZ PINCHETTI	6
DOMINGO • ENRIQUE GALVÁN OCHOA	6
BAJO LA LUPA • ALFREDO JAUIFE-RAHME	22
A LA MITAD DEL FORO • LEÓN GARCÍA SOLER	24

opinión

ARNALDO CÓRDOVA	20
GUILLERMO ALMEYRA	26
ANTONIO GERSHENSON	26
ROLANDO CORDERA CAMPOS	27
NÉSTOR DE BUEN	27
MARIO DI COSTANZO	29
JORGE TURNER	34
ÁNGELES GONZÁLEZ GAMIO	40
ELENA PONIAKOWSKA	4a
BÁRBARA JACOBS	6a
CARLOS BONFIL	9a

BANGLADESH: 2 MIL 388 MUERTOS



El saldo de las víctimas que dejó el ciclón *Sidr* sigue en aumento. "Esperamos que varios miles de cadáveres sean encontrados en los próximos días", advirtió el funcionario encargado de coordinar las acciones contra el desastre. Según reportes oficiales, hay más de 5 mil heridos en la región costera y cientos de personas se encuentran desaparecidas. En cuanto a pérdidas materiales, se calcula que más de 80 mil casas resultaron dañadas ■ Foto Ap ■ 35

MAR DE HISTORIAS Fondeadero

CRISTINA PACHECO

David se estremece al pensar que el agua de la piletta estará helada y le escurrirá por el cuello hasta el pecho, donde conserva el tatuaje: Marina. "¿Existirá?" Sí. Tal vez sea como él la describió aquella noche de parranda, mientras los amigos del *Zurdo* lo veían someterse a la aguja del tatuador: "es alta, rubia, frondosa y alegre". David aún celebra que la pandilla de borrachos no le hubiera pedido más datos. Ebrio y atemorizado, no habría sido capaz de construir a una mujer que llenara aquel nombre. Lo eligió porque le vino a la cabeza el cuadro que adorna la sala de su casa: una ola fosforescente sobre terciopelo negro.

Mientras camina hacia el fondo del corredor, donde está el lavadero, David ve camisetas y pantalones colgados en las ventanas secándose al sol. Piensa en que sus sueños tendrán que ponerse las ropas húmedas para salir del albergue y recorrer las calles en busca de un trabajo, de alguien que les regale un taco, un cigarro, una cerveza o nada más su compañía. La necesita para sobrevivir mientras llega la noche

y puedan reintegrarse al albergue lleno de carraspeos, voces roncadas y malos olores...

El lavadero está desierto. David se inclina sobre el agua estancada en la piletta. La primera vez que hundió las manos en ella pegó un grito: "Putá madre, ¡está helada!" El responsable del albergue tomó la protesta a ofensa: "Si no te gusta, lárgate a un hotel". Cerca quedaba el Veracruz, con la parvada de muchachas apenas vestidas con lycras diminutas y fosforescentes, como la ola que adorna la sala de su casa.

II

Resignado, David se despoja de la camisa y se la amarra en la cintura para evitar que se la roben mientras se da un "baño de ovalito". El agua fría lo reanima, lo vuelve optimista. Tiene motivos para serlo: se aproxima la temporada navideña, los comerciantes necesitan quien les ayude a vender y cargar. Él aún tiene buena voz y se conserva fuerte. Su reflexión le re-

cuerda las burlas de su padre: "Me chingué para que estudiaras ingeniería y ¿de qué sirvió? Ni siquiera puedes ganarte los frijoles que te tragas".

David confió en que su madre saldría en su defensa, como otras veces, pero ella tomó el bando contrario: "Tu padre tiene razón, Piensa en qué harás cuando ya no vivamos. Ahora, mal que bien, tienes casa y comida".

Fue inútil que David le describiera de nuevo su viacrucis: cuando terminó su carrera la falta de experiencia le cerró las puertas de empresas y despachos. Después encontró nuevos obstáculos: a sus 28 años resultaba muy joven para algunas responsabilidades o demasiado viejo para otras. ¿Qué podía hacer? Su madre permaneció inmutable, silenciosa, congelada como la ola fosforescente en el cuadro.

Al terminar de lavarse, David se desamarró la camisa. Al secarse con ella se da cuenta de que huele como las toallas de los baños Tigris, donde trabajó. El salario era pésimo, pero le agradaba su empleo porque le concedía la ventaja de vivir en el cuarto de las lavadoras.